Luis Alberto de Cuenca

Cuaderno de vacaciones

Colección Visor de Poesía

LUIS ALBERTO DE CUENCA

CUADERNO DE VACACIONES

VISOR LIBROS

VOLUMEN CMXXIX DE LA COLECCIÓN VISOR DE POESÍA

1.ª edición en Visor, colección Palabra de Honor, 2014.
2.ª edición, 1.ª en esta colección, octubre 2015.

© Cubierta: Miguel Ángel Martín

© Luis Alberto de Cuenca y Prado

© VISOR LIBROS
Isaac Peral, 18 - 28015 Madrid
www.visor-libros.com

ISBN: 978-84-9895-929-1
Depósito Legal: M-31939-2015

Impreso en España - *Printed in Spain*
Gráficas Muriel. C/ Investigación, n.º 9. P. I. Los Olivos - 28906 Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (http://www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

NOTA DEL AUTOR

¿Quién no recuerda aquellos cuadernos de vacaciones que nuestros padres nos endosaban religiosamente todos los veranos para que no decayese nuestro entrenamiento intelectual después de concluido el curso? No dejaba de ser una pesadez tener que cumplimentarlos, pero lo hacíamos, y eso fue creando en mí una especie de hábito que aún hoy, cumplidos los sesenta y dos, conservo, y es la manía de trabajar en vacaciones, si es que puede llamarse trabajo a la actividad que practico en los últimos años con más asiduidad en los meses de agosto, cuando veraneo con Alicia: escribir los poemas que no escribo el resto del año. Para dar testimonio de esa adicción, he reunido en este *Cuaderno de vacaciones* ochenta y cinco poemas, la mayor parte de mi producción poética compuesta en los veranos comprendidos entre 2009 y 2012. En los veranos más prolíficos, como es el caso del de 2012, he repartido los poemas bajo diferentes epígrafes, que aspiran a ordenar temáticamente la lectura. Pero lo que configura este libro como un *corpus* orgánico y unitario es precisamente su escritura gozosa, vacacional, ausente de todo tipo de preocupaciones laborales y académicas, su fusión decidida con el ocio, que es, a la postre, el padre de todos los vicios, y todo el mundo sabe que la poesía es un vicio, y de los más entrañables y deliciosos. Siempre he pensado que hacer versos es una fiesta, algo muy parecido a la felicidad, y que el papel en blanco no es una cárcel metafísica sino un

campo de juego, y que dar rienda suelta a lo que anida en tu interior no es un drama existencial sino un acto de liberación no exento de alegría. Los períodos de holganza son los más adecuados para ejercitarse en la práctica de ese alborozo íntimo y, a la vez, expansivo que es la escritura. Eso lo saben bien Luis García Montero y Jesús García Sánchez, queridos amigos y directores de esta serie, a quienes envío desde aquí un abrazo muy fuerte de gratitud, de complicidad y de cariño.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
Madrid, 23 de octubre de 2013

Para Alicia

Caverna perpetua
(2009)

EL VESTIDO NUEVO

Y tu vestido nuevo, el que te hiciste
para pasar la prueba del hastío
y apoderarte de los corazones
que se te resistían, aquel traje
que inauguraba el mundo, que fundía
los metales pesados, que te daba
las llaves de un imperio donde el morbo
era rey, aquel mínimo vestido
que nunca te pusiste para mí...

SIN CONDICIONES

Llevas ya tanto tiempo dirigiendo
tus proyectiles a mi fortaleza.
Siempre dan en el blanco. Se diría
que es un arquero zen quien los dispara.
Me indigna ver mis muros abatidos
por tus bombas, y ver mis baluartes
convertidos en ruinas, y a mis hombres
negándose a luchar. Tendré que hacerlo.
El amor y la muerte siempre ganan.

ENSUEÑO CÉLTICO

Celtas, pienso en vosotros esta tarde,
cegado por un sol mediterráneo
que no es mi sol. En vuestra deliciosa
costumbre de sentiros tan a gusto
en un nublado Más Allá. En las brujas
que inventasteis entonces y que siguen
coleando en las páginas de Dahl.
En los héroes de vuestras epopeyas,
capaces de viajar al Paraíso
o de adentrarse en medio del Infierno
con la espada en la mano. En los druidas
de vuestra primitiva religión,
proféticos y astrales como piedras
de Stonehenge. En las hadas, bienhechoras
o no (que eso depende de que uno
las recuerde u olvide en sus plegarias),
que han brotado de vuestra fantasía.
En Iseo la rubia y en Ginebra
la adúltera. En Arturo y en Cuchulainn,
y en Merlín de los bosques y en Tristán.

Celtas, que habéis forjado los cimientos
de Europa desde Hallstatt y La Tène;
que hicisteis de Britania y de Galicia,
de Armórica, de Gales y de Hibernia

topoi de un mismo sueño compartido
por quienes nos sentimos europeos
(es decir, celtas, griegos y romanos,
germanos y cristianos a la vez).
Celtas, que habéis llevado la contraria
al mismísimo Hamlet, cuando dijo
que no hay nadie que vuelva de la muerte,
pues no hacéis otra cosa que contarnos
cosas del otro lado del espejo,
ese país que conocéis tan bien.
He pensado en vosotros esta tarde,
abrumado por un sol de injusticia
que no es mi sol.

PLEGARIA DE LA BUENA MUERTE

Ahora que la muerte no está lejos
(la verdad es que siempre estuvo cerca),
y me hace cada vez más carantoñas,
me acuerdo —porque truena—, de los Dioses
de mi infancia, los Dioses de mis padres,
para pedirles una buena muerte.
Y me acuerdo de uno, sobre todo,
que son tres (como el Corum de Mike Moorcock):
aquel Anciano de tan mal carácter
que presidía el Viejo Testamento,
el guapo Mozo al que crucificaban
en el Nuevo, y el *Pneuma* o Santo Espíritu,
que los funde y congrega en la Paloma
que corona la frente del Anciano.
Señor de mi niñez, aunque no existas
(¿existo acaso yo?), quiero pedirte
por escrito, con pólizas y sellos,
que el terrible momento de mi tránsito
a las estrellas (o al ardiente Tártaro)
sea apacible y suave, sin dolores;
que me vaya a la luz (o a la tiniebla)
sin estridencias y sin dar la lata,
después de haberme puesto a bien contigo
y con toda mi gente. Sé que hay muchas
variables que pueden influir

en el momento de morirse uno,
casi siempre molestas y angustiosas,
y que no puedes darle a todo quisque
una muerte benéfica y serena.
Sé, además, que no soy un buen cristiano
y que tengo problemas de empatía
con los desheredados de este mundo.
Pero, a pesar de todo, te lo pido,
amparado en la fe de mis mayores,
en mi proverbial jeta y en la hondura
infinita de tu misericordia:
dame una buena muerte, sé benigno
conmigo en ese trance, te lo ruego.

PLEGARIA DE LA DIOSA

Metafísico estoy, y eso que como mucho,
no como Rocinante. Lo cierto es que en los últimos
tiempos, cada vez más al dictado del humo,
he vuelto a la poesía sagrada (¡vaya broma!),
y pienso que me sienta bien el regreso, tanto
al menos como el guante le sentaba a la mano
de aquel rey don Felipe de don Manuel Machado.
Como prueba, un botón: este himno a la Gran Diosa.

Diosa Blanca, Mujer, Madre del orden
cósmico, soberana del abismo,
vientre sagrado y primeval, mandorla
de donde nace todo, adonde todo
se reintegra. Tú, Diosa de los senos
gigantes, de las fértiles caderas
y del rostro invisible, que reúnes
el espacio y el tiempo en un repliegue
de tu cuerpo glorioso, vuelve a mí
esos tus ojos donde el infinito
juega con las estrellas a los dados,
y haz brotar, Madre mía y Madre nuestra,
el árbol puro de nuestra esperanza
con el soplo divino de tu aliento.

TENGO MIEDO

Homenaje a Pablo Neruda

Tengo miedo. El pasillo de mi casa me aterra.
Los muebles y los libros de mi cuarto se mueven.
Debajo de mi cama los diablos piden guerra,
lo desbaratan todo y con todo se atreven.

Tengo miedo. La voz lúgubre de la noche
resuena en mis oídos diciéndome: «Soy yo,
he venido a colgar de tu alma este broche
que me dio para ti la mujer que te amó.

Está hecho de dolor y de horror primigenio,
es un monstruo de fauces perpetuamente abiertas
que te engulle el espíritu, milenio tras milenio,
y sella para siempre con pez todas tus puertas.»

Tengo miedo. No sé qué pensar ni decir,
ni cómo defenderme de tanta oscuridad.
¡Quiero olvidarlo todo y tan solo dormir,
sin que nada ni nadie turbe mi soledad!

Tengo miedo. El fantasma de la muerta regresa
del más allá, y penetra en mi lecho maldito,
y me lleva con ella al fondo de la huesa,
convirtiéndome en víctima de un pavoroso rito.

LA CIEGA Y EL LECTOR

Me ha gustado muchísimo *Moll Flanders* de Defoe.
¡Lees, además, tan bien! Pero tengo una idea:
dejemos la lectura por una noche, y llévame
al teatro, a una fiesta popular o, aún mejor,
a un baile de disfraces. Una noche en la calle
vale más que cien libros. Y cuéntamelo todo,
quiero saberlo todo de lo que ves ahí fuera.
Conviértete en mis ojos también para la vida
que respira en la calle. Léeme el mundo, amor,
pon luz en mi tiniebla con páginas reales.

VUELVE GUILLERMO DE AQUITANIA

Haré un poema de la pura nada.
Tú y yo seremos los protagonistas.
Nuestro vacío, nuestras soledades
ni un solo instante compartidas, nuestro
mortal aburrimiento, la derrota
diaria, serán cosas que se encuentren
en el poema, que no será largo,
porque todo eso cabe en unos pocos
versos, tal vez en nueve nada más,
o en diez, si cuento este que lo cierra.

CAVERNA PERPETUA

Como todos los hombres, vine al mundo
a recordar, porque el conocimiento
es tan solo memoria, remembranza,
reminiscencia de otra realidad
mejor, más prestigiosa y más estable,
de la que un día fuimos desterrados.
La vida es perseguir inútilmente
la fuente primordial, donde confluyen
todos los hilos de agua del recuerdo,
rozar casi sus gárgolas y hundirse
en el suplicio de una sed eterna.
Tú, madre mía, soledad, aún puedes
salvarme de este olvido que amenaza
con sembrar de silencio las llanuras
sonoras de mi alma. Novia mía,
hermana soledad, dime qué hubo,
o si hubo algo, digno de memoria
fuera de la caverna en la que vivo.

Campo florido
(2010)

ÉL Y YO

Él es el amo de la tierra,
el que sondea los abismos,
el que conjura soledades
desde su trono de silencio.

La dama que ama es azul.
Por ella lo ha entregado todo:
los cuatro elementos, la vida,
la respiración, la mirada.

Yo solo soy su agotamiento,
el heraldo de su contagio,
el sendero que ni siquiera
se distingue entre la espesura.

Cuando despierta, se disipa
la niebla, se abren las montañas
a un futuro de plenitud
con agua de lluvia y con árboles.

Cuando duerme, velo su sueño,
como Hildegunda el de Valtario.
Cuando duerme, la dama azul
se diluye en el horizonte.

JUNCOS HERÓICOS

A la luz de la madre luna
se ve un río de piedras blancas
y juncos verdes que se inclinan
y se ofrecen al paseante.

Cada junco es una metáfora
del héroe que llevamos dentro,
del paladín de los humildes
que no tiembla ante los malvados.

Y busca damas en apuros
desde el río de piedras blancas
para salvarlas y salvarse,
a la luz de la madre luna.

CINCO HAIKUS

Estás tan cerca
que he borrado tus huellas
con mi silencio.

El sol se oculta
y yo les digo adiós
a los amigos.

Bajo tus alas
hay un bosque profundo
que no conoces.

No se ve a nadie.
En el monte vacío
no se ve a nadie.

Qué hará esa nube.
¿Pasar? ¿Derramar lluvia
sobre mi hoguera?

CAMPO FLORIDO

Aquí se lucha a cambio de la gloria,
si es que la gloria es algo. Aquí las flores
del mundo se transforman en espadas.
Aquí los caballeros se despiden
de sus enamoradas para siempre
y queman sus recuerdos en la hoguera
de un combate infinito. Este es el Campo
de donde nadie vuelve, donde nadie
tiene un nombre, un linaje, una familia,
y la guerra es el padre y la madre de todos.
Olvida tu pasado. Ven al fuego
de las hojas desnudas, de las lanzas
rotas y los caballos sin jinete.
Ven al fuego perpetuo de los héroes
anónimos, al prado de los mitos
que no explican el mundo. Y no te tardes,
porque Campo Florido va a sumirse
en la sombra de un sueño hecho pedazos.

CANCIÓN DE OPÓSITOS

¿Norte o sur? ¿Aventura o biblioteca?
¿Rencor o amor? ¿Coraje o cobardía?
¿Dios o Diablo? Piénsalo y decídete
cuanto antes. La vida va trazando
signos confusos dentro de tu cuerpo,
y se han fundido viejas conexiones
que se consideraban infalibles.
Piénsalo bien. El mundo da sus vueltas
cada vez más deprisa. No hay quien siga
su ritmo. No hay quien pueda sustraerle
un solo instante para decir alto
y claro, sin la más mínima duda,
mirándote al espejo, estas palabras:
«Norte y sur, aventura y biblioteca,
rencor y amor, coraje y cobardía,
Dios y Diablo, todo al mismo tiempo.»

LA ÚLTIMA PERÍFRASIS

Te faltaba, mi vida, una perífrasis
para redondear tu biografía:
princesa del desierto. Palmerales,
dátiles, dromedarios y un arroyo
límpido y cristalino entre las dunas,
como un milagro más de los que ha obrado
Naturaleza en ti. (Vana retórica
con que suplir cariño, pobre intento
de fijar tu silueta en un poema.)

MOISÉS

Dame la mano. Hay que cruzar el río
para llegar al otro lado, y siento
que las fuerzas me faltan. Cógeme
como si fuera un bulto abandonado
en un cesto de mimbre que se mueve
y que llora a las luces del crepúsculo.
Cruza el río conmigo. Aunque sus aguas
no replieguen su cauce ante nosotros
esta vez. Aunque Dios no nos asista
y una nube de flechas acribille
nuestras espaldas. Aunque no haya río.

ACOTACIÓN AL DESENLACE DEL *OPUS PRIMUM* DE AGATHA CHRISTIE

Ha acabado una guerra. Vendrá otra
aún peor, pero ellos no lo saben.
Toda Inglaterra es una enfermería
para convalecientes. De improviso,
una dama se arroja a la palestra
de la literatura policíaca
y ve la luz *El misterioso caso*
de Styles. Alguien lo dice —me parece
que la propia escritora, arrebatándole
protagonismo a Hastings— al final
de la novela: «Un hombre enamorado
es un *show* lamentable, un espectáculo
patético, un paisaje lastimoso.»
No tengo más remedio que anotar
al margen de esa cita esta otra frase:
«No estoy de acuerdo con la vieja Agatha.»

ESTÁN CLAVADAS DOS CRUCES

Queda ya poco tiempo. Está oxidada
la fe de tanto estar a la intemperie,
y la otra componente de la serie,
la esperanza, se siente anonadada.

Y el amor, ¿dónde está? Nadie responde
a pregunta tan necia y tan lesiva.
El amor es un barco a la deriva
que prescinde del cómo, el cuándo, el dónde.

Queda ya poco tiempo. Las estrellas
van muriendo de frío, lentamente.
A este lado del mundo ya no hay luces,

ni sombras tibias, ni penumbras bellas.
Todo se va volviendo ajeno, ausente:
un monte del olvido con dos cruces.

ANSIEDAD, ANGUSTIA, DESESPERACIÓN

¿Qué haré contigo, desesperación?
¿Te clavaré una lanza en el costado?
¿Te arrancaré los ojos de un bocado?
¿Me comeré tu impío corazón?

¿Te olvidaré? He perdido la razón
intentándolo, y tú me has encerrado
en el zulo de hiriente fuego helado
donde gobierna la desolación.

Me ahogas y sepultas poco a poco
en las profundidades de mí mismo,
donde la angustia, donde la ansiedad.

Y no sé ya qué hacer. Me has vuelto loco.
En tu espantoso y repugnante abismo
solo hay lugar para la soledad.

MEMORIA DE TUS OJOS AL DESPERTAR

Quítame la guirnalda de tu risa
de encima de la tumba, róbame
el póstumo recuerdo de tus besos,
entrégame a la noche del olvido
total, que es finalmente lo que toca
en esta coyuntura de la muerte,
pero hay algo que nunca lograréis
ni tú ni la tiniebla que me cubre,
y es que me muera sin hacer memoria,
aunque sea un segundo, de la cara
que me ponías al abrir los ojos
cada mañana, de esa cara llena
de vida, de esos ojos iniciándose
en la fiesta del mundo, en la alegría
de existir, y que ahora, al otro lado
del espejo, de alguna forma mágica,
guían mis pasos en la oscuridad.

VAMPIRISMO

Y en tus ojos oscuros y sombríos
se dibujó la llama del deseo,
y entonces comprendí que no tenías
un nombre, sino muchos, tan obscenos
como difícilmente pronunciables,
y te supe sin máscaras ni velos,
más antigua que el mar y las estrellas,
que los bosques, los mitos y los sueños,
y tuve miedo, y encendí la luz,
y vi unas marcas rojas en mi cuello.

¡AH DE LA VIDA!
(2011)

MIS VIAJES POR EL TIEMPO

El viajero de Wells se adentra en el futuro.
¡Qué horrible pesadilla le espera con los *elois*,
tan delicados ellos, sirviendo de pitanza
a los feroces *morlocks*! Yo no quiero viajar
rumbo al futuro. Grima me da hasta imaginarlo.
Lo mío es el pasado: Bizancio, por ejemplo:
dar un beso a Teodora al salir del Hipódromo,
cuando ella era una *stripper* cualquiera entre las muchas
que pululaban por los antros de la Urbe
buscando clientela; ver cómo Justiniano
repara al fin en ella y le pide una cita,
a solas, en Palacio, y ella, conmocionada,
balbucea un «sí, amo» y va en busca de un filtro
amoroso infalible para suministrárselo
al dueño del Imperio y ganarse la púrpura
que codicia y, con ella, la gloria de las crónicas
y un puesto preeminente en San Vital de Rávena;
o los alrededores de Ginebra, una noche
de un 16 de junio del año en que Alejandro,
zar de todas las Rusias, expulsó a los jesuitas:
compartir con Lord Byron, Polidori y los Shelley
lecturas terroríficas que conduzcan a Frankenstein
y a Ruthven el vampiro; comprobar la cojera
de Byron, la abyección sumisa de su amante,
la arrogancia de Percy, la agudeza de Mary;

ver quién se fue primero a la cama, qué hicieron
en la cama —si hicieron algo que fuese digno
de mención—, qué cenaron aquella noche mágica,
mientras el lago Leman inundaba de sombras
Villa Diodati, Suiza, Europa, el mundo, todo.
Si me pierdo en el tiempo, me encontraréis en sitios
como Constantinopla, siglo VI después
de Cristo, o en Ginebra, a comienzos del siglo
XIX. Lo mío es el pasado.

DÍAS DE VINO Y FUEGO

Solo verla quemaba. Era una hoguera
su cuerpo, hecho de sueños estivales
y de tórridas noches en la playa
después del huracán. Su pelo olía
a champú para niños, y era dulce
aproximar los labios a su cuello
hasta rozarlo levemente, apenas,
y continuar después el recorrido
dando toques fugaces más abajo
para luego ascender, como si fuera
una bola del mundo y yo tuviese
que circunnavegarla con mis manos.
No teníamos prisa. Ambos estábamos
perlados de sudor, y la leyenda
iba retrocediendo ante la historia,
y aquello era verdad (en la medida
en que pueda existir esa palabra,
verdad, que es la medida del aroma
a guiso del vecino que traían
las ventanas abiertas, o el sonido
de un claxon en la calle). Le di un beso
en la boca, sellando para siempre
nuestra alianza, y me lo devolvió
con pasión y ternura, y aún guardaban
sus labios y su lengua el sabor tibio

del formidable vino de uva roja
—tan dulce y delicada como ella—
que habíamos bebido una hora antes.

MATILDE URBACH

Dios que vives y reinas en el cielo,
que manejas el rayo y, a la vez,
la piedad infinita, presta ayuda
a mi amigo, pues desde que se hizo
de noche no lo he visto y ya muy pronto
se hará de día.
Buen amigo, álzate
suavemente del lecho, pues la estrella
que anuncia el día asoma por oriente.
Te lo digo cantando, como el pájaro
que va en busca del día por el bosque.
Una y mil veces te lo digo: tengo
miedo de que el celoso te sorprenda.
Desde que te dejé, no ha transcurrido
un solo instante sin que, de rodillas,
haya rogado al Dios de mis mayores
que vuelvas sano y salvo, pues se acerca,
irremediablemente, la mañana.

—No insistas, compañero. Con Matilde
Urbach desfalleciendo entre mis brazos,
no me importan ni Borges, ni Giraut
de Bornelh, ni esas luces implacables
con que se anuncia el alba de mi muerte.

INSPIRADO EN FAULKNER

Sin amor, sin honor y sin orgullo,
sin emoción y sin complicidad
la poesía no tiene sentido.
El deber del poeta es escribir
sobre la compasión, la fortaleza
y la debilidad, sobre el espíritu
de sacrificio (que redime al mundo),
la piedad, el coraje, el heroísmo.
Y su voz no ha de ser solamente memoria,
sino también columna en que se asiente
la condición humana, fundamento
que alivie su temor al vacío, mitigue
su angustia y vierta luces
en su noche perpetua.

CONFESIÓN GENERAL

Llegó el momento de las confesiones
mutuas. No se miraban a los ojos.
El suelo era su único horizonte.
Cuando ella hablaba, él levantó la vista
y vio cómo surgían cosas turbias,
oscuras y secretas de su boca,
cosas que bien podrían ser envueltas
en periódicos sucios y enterradas
de noche en las arenas movedizas
que rodean la casa Usher. Luego
habló él, cuando ella interrumpió
su horrible letanía, y los papeles
se invirtieron, pues ella lo miraba
y él buscaba cobijo en el abismo.
Todo se lo contó, mientras surgían
de su garganta bichos innombrables
que cegaban los pozos y las fuentes
de su amor y abolían el futuro.
Llegó el momento de los cigarrillos,
y se miraron por primera vez
a los ojos después de tanto tiempo,
y supieron que no envejecerían
juntos, y que estarían siempre solos,
y que nunca podrían olvidarse.

SUEÑO DEL RELOJ DE BOLSILLO

Aquel tipo miraba su reloj de bolsillo
con una ansiedad tal que, al verlo, uno
pensaba, sin querer, en el conejo
blanco de *Alicia*. Iba vestido como
si hubiese aterrizado de la máquina
del tiempo de H. G. Wells, pues llevaba
un traje y un bigote y un calzado
propios de los 90 del siglo XIX.
Reparó en mí. Se iluminó su cara.
Saltó de su sillón. Vino a abrazarme.
Yo, la verdad, no supe qué decirle
cuando vi que era yo quien me abrazaba,
yo mismo, sí, pero con ciento veinte
años menos, yo mismo, con un terno
de la época feliz en que naciera
Borges o Stoker publicara *Drácula*,
esperándome a mí en el Club Diógenes
de Mycroft Holmes o en un lugar soñado
por el estilo, para revelarme
secretos compartidos o aventuras
que acometer, o solo para hablarme
de nuestras cosas, ahora que vivíamos
los dos al otro lado del espejo.

SUEÑO DEL ALBA MILAGROSA

Debían de ser las tres o las cuatro, esas horas
de la noche en que el sueño tendría que ayudarme
a vivir. No era así. Incapaz de cerrar
los ojos con provecho, abandoné la cama
y me vestí con ánimo de pasear un rato
por el jardín. No había una nube allá arriba.
Marte resplandecía como una brasa cerca
del horizonte. Sirio, la estrella que los brujos
antiguos del Creciente Fértil denominaban
sol secreto del cosmos, palpitaba en lo alto.
La luna dibujaba en el cielo un mensaje
cifrado que yo quise entender que era *Nihil*.
El jardín desprendía un aroma de muerte
y finitud. Pensé que todo acabaría
esa noche: proyectos, poesía, futuro,
amor, filología, bibliofilia, ilusiones...

Pasadas ya las cinco de la mañana, el mundo
comenzó a despertarse. Una luz, cada vez
más intensa, venía de Oriente, iluminando
cada árbol, cada hoja, cada flor, cada seto,
cada banco de piedra, el cenador, la pista
de tenis, la piscina. Recordé lo que Lennox
(o Ross, nunca me acuerdo de quién de los dos era
quien lo decía) dijo después de que Macbeth

asesinara a Duncan en mi obra favorita:
«No hay noche, por terrible y por larga que sea,
que no se encuentre al fin con el día.» Volví
al caserón sombrío y solitario, a la alcoba
vacía, cuando todas las luces estallaban
ahí fuera. Y me dormí como un bebé, acunado
por el amanecer, mecido por el alba.

¡AH DE LA VIDA!

Pobre experiencia tengo de la vida
(como todos). Practico la existencia
(como todos). Y sufro. Y no sé nada.
Lo primero: soy hombre, no mujer,
y eso ya es un fracaso si uno quiere
saber de qué va el mundo, penetrar
en el misterio de las cosas. Luego
está el tema de las sendas perdidas
y el de esas partes de nosotros mismos
a las que traicionamos por servir
a una sola faceta (la peor,
la más absurda y menos favorable).
Pobre experiencia tengo de la vida.
¡Qué pena estar tan cerca de la muerte!

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Al margen del terror rojo de Stalin
y de los campos de exterminio nazis
—no conviene olvidar tales horrores—,
ese soldado anglosajón y ese otro
alemán que lucharon fieramente
el uno contra el otro eran hermanos.
Y me estoy refiriendo a una contienda
que duró más de un lustro y poco o nada
tuvo que ver con un conflicto ético
que enfrentase a los malos con los buenos.
Al margen de los márgenes citados,
aquella guerra no fue más que una
espantosa y feroz guerra civil.
Y lo malo que tienen estas lides
es que, gane quien gane, te desangran
tu lado espiritual hasta dejarte
desalmado, abatido, sin valores:
como Europa en el año del Señor
de 2011, que es cuando les hablo.

LA INFANCIA COMO ANTORCHA EN EL SUBTERRÁNEO

Lo mató la vida muy pronto.
Se apagó el fuego que alumbraba
las pupilas del niño triste
cuando mordía una manzana,
acariciaba a su mascota
o leía cuentos de hadas.
Pero su fuego sigue ardiendo
en mis victoriosas mañanas,
tantos años después, y alumbra
la noche oscura de mi alma.

LAS PARADOJAS DE SATÁN

Aquel cuya mirada petrifica
y hace que abandonemos la esperanza,
aquel que no es amado ni es capaz
de amar a nadie, el ogro de los cuentos,
el científico loco que pretende
someter el planeta a su capricho,
el cómitre feroz de la galera
otomana, el psicópata, el azote
de Dios, el enemigo de los cielos,
el mal en su cenit, el horror puro,
es, además —y no lo olvides nunca—,
el padre de las ciencias y las artes,
el emblema del individualismo
y el paradigma de la libertad.
Con esas paradojas debería
uno arar, si desea
que el árbol de la vida dé sus frutos.

RUNAS

Letras de los antiguos, runas sacras
que referís las gestas de los hombres
y abrís ventanas a los otros mundos
que hay más allá, y saciáis nuestros deseos,
y alimentáis nuestra desolación,
dadme por guía a un animal salvaje
—un lobo, una serpiente, un jabalí—
para cruzar el bosque de los mitos
y llegar sano y salvo al otro lado.
Me siento *Runenmeister* esta noche,
crucificado como Odín y Cristo,
buscándoos a la sombra de la muerte,
de modo que os penetro y os entiendo.
Abrid, pues, vuestras cifras primordiales
a mi vieja ganzúa, hecha de odio
y de amor a la vez, y haced que surjan
fuentes en los desiertos, y que me hablen
los difuntos, y que este desvaído
infierno sin colores y sin formas
en que me encuentro vuelva a florecer,
tan verde y tan frondoso como antes.

TEWP Y GÄRENSEN

A Alfredo Lara

Son unos asociales, unos aventureros
que encuentran en la caza del hombre (y la mujer)
su razón de existir, el único motivo
para no despedirse de este mundo
con las manos desnudas y apagadas.
El dios de Tewp es la justicia. A Gärensen
lo guía una pulsión de ciencia, de cultura.
Pero juntos —los dos: el monje y el bibliófilo,
el asceta y el sabio libertino— reúnen
todo el valor de la epopeya antigua,
la desmedida fe del heroísmo.
Y la mediocridad circundante se rinde
a la mirada lúcida que brota de sus ojos,
vacíos de temor y de esperanza.
Y, al contrario de quien les dedica estos versos,
Tewp y Gärensen son inmortales: no enferman,
no duermen, no se cansan, no envejecen,
no se deprimen ni se aburren nunca.

POEMA PARA SONIA

Todas las vidas son muy complicadas.
También la tuya, Sonia, por supuesto.
Y todos hemos sido alguna vez
gorditos y gafotas, con los dientes
torcidos, empollones, insufribles.
Tú que tienes la suerte de hablar alto
y claro y de que no te da vergüenza
hablar de sentimientos y pasiones,
olvida tus responsabilidades
por un momento y piensa qué pecado
cometiste para no ser feliz.
Y cuando identifiques ese error,
mirándote por dentro, retrocede,
detén la imagen de tu pifia, trata
de subsanarla y, luego, échate a andar
hacia el país en que tus decisiones
se dejen convencer por el deseo,
no por la realidad (que es tan obtusa
como un lápiz sin punta), y en que llegues
a ser feliz siquiera por un rato,
sin complejos ni trabas, seducida
por el dios del amor y la belleza.

Me acuerdo de...
(2012, I)

LUNA LLENA

La luna se coló por mi ventana
la otra noche, y pensé que si sus luces
te enfocaran a ti, no habría cruces
ni dolor para mí por la mañana.

Contigo al lado, toda la semana
sería viernes y caer de bruces
sobre tu cuerpo, desde el que conduces
el mío adonde a ti te da la gana.

Sé buena, deja que la luna viaje
con su marfil por tu reloj de arena,
desnudo de cualquier tipo de traje.

Que pienso prepararme una gran cena
con el fulgor que de la luna baje
a acampar en tus muslos de azucena.

CUCHARADA

Qué *démodée*, qué antigua, qué infantil,
qué gráfica y qué húmeda,
qué prescrita, qué ingenua, qué sabrosa,
qué amarga casi siempre,
qué entrañable resuena en mi memoria,
cada vez que la evoco,
la mágica palabra 'cucharada'.

APOLOGÍA DE LOS CLÁSICOS

Nos identificamos con los clásicos.
Siempre tendemos a reconocernos
en lo mejor de aquello que se encuentra
más allá de nosotros, en el reino
de los modelos y de los arquetipos,
aunque lo mejor sea lo terrible
y albergue nombres como Yago, Rávana,
Bósola, Hagen, Alí Kan o Svimtus
(pero sin renunciar a Otelo, Rama,
la Duquesa de Malfi, Sigurd-Siegfried,
el Guerrero con máscara o Roberto).
¡Nos divertimos tanto con los clásicos!
Su tiempo no es el de la muerte. Viven
en el Tiempo sin tiempo de los mitos
nuestros queridos clásicos, un Tiempo
que ilumina la cárcel de la vida
y regala modelos exclusivos
para enseñar, felices, a la gente
que nos rodea —padres, hijos, nietos—,
burlando así la angustia cotidiana
y saciando la sed de maravillas
que nos caracteriza como humanos.
Los clásicos ayudan a vivir,
y a morir, y a olvidar nuestras miserias,
y a no perdernos por el laberinto
sin Teseo ni Ariadna que es el mundo.

DULCE CARMILLA

A Eduardo Calvo

Son dos chicas muy jóvenes (aunque una
tenga doscientos años más que la otra).
Se quieren. Se codician. El terror
siempre ha sido una excusa inmejorable
para mostrarnos ciertas situaciones
que la moral tradicional no acepta
más que dentro de la literatura.
Carmilla muerde un poco cada noche,
para que no se extinga su deseo.
Lo hace con sutileza, con morosa
delectación, sin tiempo, sin un ápice
de manipulación, con la sorpresa
de descubrirse en Laura, de *ser* Laura
(con un par, eso sí, de siglos menos).
Y es que Carmilla pierde la cabeza
por las *otras* que son, también, Carmilla,
lánguidas como ella, tan románticas
o más que Doña Inés y Gretchen juntas.
¿Habrá detrás de tal predilección
por sus dobles alguna turbia historia
que echara por la borda su inocencia?
Quiero decir si allá por la segunda
mitad del siglo XVII tuvo

una mala experiencia con su padre
(o con su tío, o con un primo hermano)
que infundiera en su alma un odio eterno
hacia lo masculino y la empujase
definitivamente al tribadismo.
Qué más da. Lo que importa es el amor
que le transmite Laura (o sea, ella misma),
y en sus planes eróticos se instala
un sentimiento de autodestrucción,
como les pasa a todos los amantes
de sí mismos (e incluyo a los psicópatas
en esta vil estirpe de narcisos).
Cuanto más se enamoran del fantasma
que ven en el espejo, más se vengan
del prójimo, buscándose y buscándose
sin encontrarse nunca, mensajeros
de la amargura y la desesperanza.

SONETO DEL OLIFANTE

¡Un olifante, pronto, que me muero!
Debí hacerlo sonar cuando las cosas
aún no estaban tan mal, y las baldosas
amarillas guiaban al viajero.

¡Sacadme de este sórdido agujero!
¡Quitadme estas cadenas espantosas!
Duro es vivir sin dioses y sin diosas,
de la abyecta razón vil prisionero.

Si me proporcionáis ese olifante
tal vez vuelva la fe a mi templo en ruinas,
vieja y nueva a la vez, desafiante.

Y quizá halle cobijo en las divinas
enseñanzas del mórbido habitante
de la cruz, rey de reyes y de espinas.

UN DINOSAURIO EN MI ALCOBA

¿Qué hace esta criatura de otra era
encima de mi cama? Es una cría
que acaba de romper su cascarón,
pero ya mide un metro por lo menos.
Los ositos azules de la colcha
tiemblan de miedo por si al dinosaurio
le da por devorarlos. Están fuera
mis padres, y no existen los teléfonos
móviles, de manera que no hay forma
de conseguir ayuda en este trance
tan absurdo. Me siento en la butaca
de enfrente de la cama y le pregunto
al dinosaurio cuánto tiempo piensa
quedarse. Me responde con los ojos
húmedos todavía por la baba
del huevo recién roto. Su mirada
pide clemencia, compasión, un guiño
de solidaridad, quizá un abrazo.
Se lo propino. Tiene unas escamas
que me cortan la piel, pero lo acepto
en plan prueba iniciática. Me dice,
telepáticamente, que está solo
en el mundo, que no sabe quién soy yo,
pero que le parezco muy amable.

En ese punto tan conmovedor
del sueño, desperté. Miré en mi torno:
ni rastro del pequeño dinosaurio.

ME ACUERDO DE...

Me acuerdo de los *aurea dicta* de Borges
que me contaba Marcos Barnatán.
Me acuerdo de la tienda de tebeos que había
en Hermanos Miralles hace cincuenta años.
Me acuerdo de Dale Arden de espaldas, embutida
en un traje de noche deslumbrante.
Me acuerdo de las viejas láminas de Araluce,
vistas al alimón con una prima rubia
que vivía en Barcelona.
Me acuerdo del pelmazo de Proust
siempre que desayuno magdalenas.
Me acuerdo de que Rita Macau nunca llevaba
el *Lacoste* con el cuello levantado.
Me acuerdo de Jacqueline Sassard
en *Los Titanes*, una coproducción francoitaliana
que me encantó de niño.
Me acuerdo de que un profe del colegio
nos dio una charla sobre el *Macbeth* de Shakespeare
copiada, letra a letra, de Víctor Hugo.
Me acuerdo de que a Álvaro, para que no llorase
y se durmiese pronto, le leía
La canción del pirata de Espronceda
en la edición romántica de la imprenta de Yenes.
Me acuerdo de que Inés,
cuando era muy pequeña,

quería ser Dorita, la de *El mago de Oz,*
y tener un perrito como Totó.
Me acuerdo de mi madre a todas horas.

SAN LUIS GONZAGA

Me cae bien mi patrono: murió a los veintitrés
años, y como era de muy buena familia
lo hicieron santo pronto. No tuvo relación
con el sexo en su vida, que fue una enciclopedia
de pureza, una *summa* de honestidades varias.
Casto fue Luis Gonzaga, en efecto, por mucho
que nos cuente un hagiógrafo que llevaba cilicio
debajo de la ropa y se ponía púas
encima de la cama donde dormía para
martirizarse (al modo de los gimnosofistas).
Con él la castidad adquiere un pedigrí
que la hace deseable. Hay drogas que ennoblecen,
por raro que parezca, a quien las usa.

Príncipes de la noche
(2012, II)

AMÓS 5: 21-24

No aguanto vuestras máscaras de fiesta,
ni vuestras noches locas y vacías,
ni vuestros himnos sacros, ni las caras
de ignorancia y simpleza que ponéis
al celebrar vuestras solemnidades.
No me invitéis a nada. Nunca iré
a vuestras reuniones gastronómicas,
ni a vuestros *parties* desequilibrados.
No quiero oír el son de vuestras voces
maliciosas, ni el ruido insoportable
de vuestros instrumentos. Solo quiero
que la justicia y el derecho fluyan
para todos nosotros como el agua
en torrente perenne, como un río
robusto y caudaloso que no vierta
su cauce —ni una gota— en la maldita,
parcial e improcedente realidad.

CORRIGIENDO A SAFO

Safo decía que lo más hermoso
no era un tropel ecuestre, ni una línea
de hoplitas bien armados, ni una escuadra
de navíos de guerra, ni el *First Folio,*
sino el objeto deseado. ¡Lástima
grande que confundiera la belleza
—permanente, objetiva— con un simple,
despreciable y efímero deseo!

PRÍNCIPES DE LA NOCHE

La noche es un trasunto de la muerte
hoy como ayer, cuando la luz eléctrica
aún no martirizaba las ciudades
con su fulgor apócrifo.
Sí es cierto, sin embargo, que esa luz
artificial transmite a los noctámbulos
valor y atrevimiento en cantidades
industriales (y nunca mejor dicho),
los mismos que prestaban a los héroes antiguos
un acero templado por el herrero Wieland
o una lanza forjada por Hefesto.
Yo creo que, de noche, mis colegas
de especie —ellos y ellas— deberían rezar
una oración a Crom, el dios salvaje
de Conan, escuchar los viejos mitos
de labios del chamán y, luego, arrebujados
en la piel del antílope que cazaron la víspera,
dormirse como ángeles.
Pero no me hacen caso:
mi ciudad está llena de intrépidos vampiros
que no rezan a Crom, ni oyen historias
al amor de la lumbre, ni se duermen
tranquilos y agotados cuando la luz del día
se apaga. Son los príncipes de la noche, los reyes
del abismo. Se inyectan en el alma

la oscuridad de un Tiempo con mayúscula
que elude los relojes
y, a la vez, nos anuncian con sus gestos
crispados y automáticos
la vanidad de todo.

SUEÑO DE LA CHICA ORNITÓFILA

Coleccionaba pájaros de niña
(quizá porque sabía que las aves
descienden de los fieros dinosaurios
y ella quería ser tan feroz como ellos).
Ahora sueña con pájaros.
Ahí la tenéis, durmiendo boca arriba,
con su pijama blanco de ribetes azules,
protegida por sus animalitos
de peluche y la casa de muñecas
que le fue construyendo, poco a poco, su abuelo.
De pronto, se estremece: está soñando
con su ave favorita, que le canta
desde un extremo de la cama. Dentro
del sueño, la muchacha y su galán
se ven súbitamente arrebatados
por un furioso vendaval en forma
de seta, un huracán que apenas dura
un instante, pasado el cual la chica
se da cuenta de que su amigo el pájaro
ha desaparecido, y de que el dormitorio
no tiene ahora puerta ni ventanas
que comuniquen con el exterior.
La música del pájaro persiste,
y ella lo escucha como antes, pero
sin poder compartir con el cantor

picotazos, visión, tacto, palabras,
esas cosas normales que suceden
en sueños entre chicas ornitófilas
y pájaros donjuanes. Sin embargo,
todo termina bien, porque en el punto
culminante del sueño, cuando ella,
desesperada, en plena claustrofobia,
piensa ya en suicidarse, se produce
un milagro, pues hete aquí que el pájaro,
que es algo brujo, se teletransporta,
no sé cómo, al regazo apetitoso
que lo espera debajo de las sábanas
y se queda a vivir allí un segundo,
que para la muchacha es un milenio
(por lo menos), sumida como está
en su alucinación, en su extravío.

PANTEÍSMO

«Todo se agrupa en torno a lo real»,
dice el protagonista de *Lord Valentine's Castle,*
la espléndida novela de Robert Silverberg.
Todo, al fin y a la postre, forma parte
de esa «armonía eterna y sin fisuras»
de la que habla Walt Whitman.
Y yo aquí,
más de sesenta años después,
sin enterarme.

CONSOLATIO AD SE IPSVM

Cuando te veo triste y melancólico,
próximo ya a la ruina cenicienta,
me permito decirte (en estos versos,
porque a la cara no me atrevería)
que aún respiras (lo que es inevitable
cuando se sigue vivo), que hay películas
todavía que ver, y geologías
caprichosas y océanos en llamas
y tesoros escitas y crepúsculos
que admirar, y novelas que leer,
y connivencias mágicas, y copas
feéricas que apurar. Y aunque no haya
emociones fortísimas, pasiones
consuntivas ni tíos en América
esperando a las puertas del futuro,
hay que intentar vivir hasta la última
bocanada de aire en los pulmones
sin perder la esperanza, sin hundirse
demasiado, sabiendo que la vida
es un horror, y que termina siempre
fatal, y que el silencio está al acecho,
y que la enfermedad nos va minando,
pero que hay que vivir la decadencia
con buen humor, que nuestro *praedicabilis*

no es otro que la risa —acuérdate
de los viejos autores escolásticos—,
por más que nuestro *proprium* sean las lágrimas.

MELANCOLÍA

La bilis negra es vieja como el hombre.
Para intentar vencerla, viene bien
que te lo tomes todo en positivo:
si luce un sol espléndido en el cielo,
disfruta con sus rayos, aunque hieran,
y si el día es tan gris como un fantasma
brumoso, siéntelo como si fuese
de tu familia y adivina en él
los ojos grises de tu amada muerta.
Cualquier cosa está bien con tal que no
te conviertas en siervo de la murria:
coleccionar novelas de Jack London
o *Weird Tales* de los 20 y de los 30,
mirar cuadros de Friedrich, o de Raeburn,
o de Paolo Uccello, fumar hojas
de hierba con Walt Whitman...
No dejes de invocar a la Belleza
con un conjuro de los de *Embrujada*,
para que venga Elizabeth Montgomery
y borre con su goma salvadora
los horribles *graffiti*
de tu melancolía.

La otra noche, después de la movida (2012, III)

LA OTRA NOCHE, DESPUÉS DE LA MOVIDA

A Fernando González de Canales

Hay momentos que brillan tanto, que hasta podrían
quemarte las pupilas si los miras de frente
durante mucho rato. Goethe, que de momentos
brillantes lo sabía casi todo, murió
pidiendo luz (o, al menos, eso cuentan las crónicas),
pues nunca nos cansamos de pedir luz a gritos
cuando avanzan las sombras. Uno de esos instantes
que te ciegan los ojos de tanto resplandor
fueron los cinco años que duró la Movida
madrileña, allá por los últimos setenta
y primeros ochenta del siglo XX. Entonces,
de repente, Madrid, como si hubiese visto,
grabados a cuchillo, en el tronco de un árbol,
felizmente enlazados, los nombres de su novia
y su rival, se puso furioso como Orlando
y perdió los papeles del viejo casticismo,
fundando la costumbre de caminar al borde
del barranco, que eso es lo que para mí,
tantos años después, supuso la Movida.
Fue un tiempo mitológico, arquetípico, insano,
en el que se cruzaban los puentes que separan
la tediosa razón de la alegre demencia
como si fuesen sólidas pasarelas de mármol

y no hubiese feroces cocodrilos abajo.
El que tuvo la culpa de todo fue mi amigo
Fernando. Me llevaba a locales de moda,
como *El Sol* o *Pachá* o *Rock-Ola* o *La Vía*
Láctea. Me desvelaba los secretos de Blondie,
de los Pretenders, Pete Townsend y Michael Moorcock,
de Christo y de Paul Roberts, David Lynch y Andy Warhol.
Con todos esos nombres propios en la cabeza,
lo suyo era acabar metiéndose en un lío.
Después de introducirme en todo ese barullo,
Fernando me animó a que escribiera letras
para la Orquesta Mondragón, y tanto caso
le hice que surgieron de aquello muchos temas,
como *Caperucita* o *Viaje con nosotros,*
que marcaron tendencia. Visto desde la cómoda
barrera del letrismo, el *rock* hizo que un tipo
como yo —un helenista podrido de saberes
pretéritos— abriera las puertas del futuro,
dejase a un lado sus libros y sus tebeos,
se asomara a la calle, rebosante de monstruos,
y viese lo que hacían esos monstruos ahí fuera.
No hubo local de moda que estos pies no pisaran,
ni sensación, por fuerte o terrible que fuese,
que esta pobre alma mía, enganchada al tormento
de la curiosidad, renunciase a probar.
Y es que Madrid bullía como un caldero mágico
en aquellos felices años en que *La Luna*
dio a las prensas su número 0, donde estuvimos
casi todos, y todo contribuía a hacer
del mundo un lugar menos aburrido y más loco
y de la enfermedad del vivir una absurda,

dulce e improductiva convalecencia eterna.
Y mientras tanto yo escribía poemas
que no se parecían en nada a los de antes
y que, en un cóctel raro, mezclaban clasicismo
con cotidianidad, dejando que la vida
y la cultura fuesen cogidas de la mano
en sus versos y, a veces, hasta dándose el pico.
Éramos *post*modernos entonces (y subrayo
el prefijo). Asumiendo que íbamos de eso
y que quizá algún día nos dé por regresar
a lo mismo, la cosa es que a los que quedamos
de aquella Edad de Oro nos ha dado, cumplidos
los sesenta, por ir de *pre*modernos. Y esa
variación de sufijo nos da muchos problemas,
pues nuestra nueva *phýsis* es aún más subversiva
que la anterior y, a poco que bajemos la guardia,
nos va a borrar la bofia de un plumazo.

LA BRISA DE LA CALLE

Sentado en tu butaca favorita,
frente a una acogedora chimenea
donde crepitan unos cuantos troncos
de leña, piensas en el más allá
de tu puerta blindada y de tus libros.
¿Existe algo, *realmente*, al margen
de las cuatro paredes de tu casa?
Siempre te ha estimulado lo fantástico.
Siempre has visto la vida por el ojo
de la literatura. Pero nunca has sabido
cómo es el exterior (si es que lo hay),
por falta de interés o de coraje.
Para subsanar esa deficiencia,
basta con que uno de estos días
abras la puerta y las ventanas
y compruebes que hay vida por ahí fuera:
criaturas fantásticas y monstruos
que ni siquiera Machen hubiese imaginado
en sus más desquiciadas pesadillas,
heroínas más rubias que las de tus lecturas,
héroes más generosos con los débiles
que los de tus tebeos,
villanos más crueles que los de la pantalla.
Aunque pienses que no vale la pena
o te dé miedo hacerlo,

permite que la luz de lo real
entre en tu corazón,
deja que te acaricie con su brisa
la verdad sin rodeos de la calle.

ABRIL

Qué tendrá abril —con su caballo blanco,
su arco y sus flechas y sus sonrosadas
mejillas, con sus campos guarnecidos
de flores y de pólenes, y sus aves
canoras, su deshielo, sus promesas
de amor y vida eterna, sus colores
y su parafernalia de costumbre—
para que Juan Ramón hable de él tanto,
Eliot escriba que es el mes más cruel
y a mí —y hablo en sentido literal—
me guillotine la respiración.

YO NO QUIERO SER REY

«Rey es quien nada teme,
rey es aquel que no desea nada»,
decía el viejo Séneca.
Yo no quiero ser rey.
Ni de viejo me atrae la monarquía.
Soy y seré hasta el día de mi muerte
un cóctel de temores y deseos.

BASURA GENÉTICA

Durante tres milenios los tipos más valiosos,
más fuertes y más listos de la especie
—la flor y nata de la juventud—
se fueron a la guerra
y murieron sin gloria
en los remotos campos de batalla,
mientras que los enfermos y los débiles,
los corruptos y los cobardes
se quedaban en casa y se reproducían.
De ahí venimos nosotros.
Llevamos tres milenios perdiendo a los mejores
para que los inútiles
salven la vida y sigan engendrando.
Por eso somos todos,
treinta siglos después,
lo peor de cada tribu:
desperdicios, basura irreciclable.

CAPERUCITA FEROZ

Cuando la dulce niña se desnuda
y se mete en la cama con el lobo
—que lleva el camisón de la abuelita—,
todos pensamos que en el fondo quiere
que el animal consume el sacrificio,
porque nadie con ojos en la cara
podría confundir a un lobo fiero
con una vieja chocha, y menos alguien
como Caperucita, que es la nieta
de la vieja en cuestión. De forma y modo
que hay que dejarse ya de tonterías
y llegar a la misma conclusión
que Bruno Bettelheim en *Psicoanálisis*
de los cuentos de hadas, a saber,
que, al meterse en la cama *motu proprio*
y no hacer movimiento para huir,
lo que quiere la niña es acostarse
con la bestia, ofrecerle lo que tiene
—que no es solo la roja caperuza,
el pastel y el tarrito de manteca—
y acabar convirtiéndose en mujer.

LE JOUR SORT DE LA NUIT COMME D'UNE VICTOIRE

Epicuro y su piara lo tenían muy claro:
ni temor a los dioses, ni temor a la muerte.
Y no es que los dioses no existan. Es que son
tan perfectos que están más allá del alcance
del hombre y de su mundo. Existen, sí,
pero no se preocupan de las cosas humanas.
Y de la muerte qué decirte. Si estás vivo,
no tienes sensación de estar muerto, y si has muerto
no tienes sensación alguna. ¿Por qué entonces
ibas a preocuparte de la muerte? Vivir
cada mañana como un triunfo, una victoria:
ahí tienes el camino que conduce a la calma.
Tenemos que arrancar cada día del sueño
con el motor a punto y la ilusión incólume,
recién lavados en la sangre de un dragón
al que hemos dado muerte con nuestras propias manos.
Mientras ese dragón hecho de oscuridad
vuelve a juntar los mil y un pedacitos
en que lo hemos trocado por unas cuantas horas,
hay tiempo suficiente para saborear
el triunfo de estar vivos.

VEJEZ

Ahora que he sentido los primeros manotazos
del súbito orangután pardo de mi vejez...
DÁMASO ALONSO

Era un verso, uno solo, de esos versos larguísimos
de *Hijos de la ira.* Se me quedó grabado
premonitoriamente. Mira que me caen bien
nuestros hermanos los orangutanes.
No entiendo por qué Dámaso los sacó a colación
tan temprano (no había cumplido los cincuenta).
Pero el caso es que ahora siento sus manotazos
en todo el cuerpo, y han perdido para mí
aquel *glamour* fraterno que tuvieron un día,
cuando el mundo era un álbum de cromos de animales
y no esta decadencia que precede a la muerte.

DIÁLOGO ENTRE EL SEÑOR Y EL ESCLAVO

Para Alfonso Lucini y Carmen Serrano de Haro

—Esclavo, ¿estás ahí?
—Aquí estoy, mi señor.
—Amaré a una mujer.
—Harás muy bien, señor. Quien ama a una mujer
se olvida del dolor y la desgracia.
—No, esclavo, no amaré a una mujer.
—Harás muy bien, señor. La mujer es un pozo
donde se ahogan los guerreros,
una daga que corta el cuello de los hombres.
—Esclavo, me propongo
oficiar sacrificios en honor de mi dios.
—Hazlo así, mi señor. La piedad con los dioses
es el camino a la felicidad.
—No, esclavo, no lo haré.
—No lo hagas, señor. Es tu dios quien tendría
que oficiar sacrificios en tu honor
y seguirte allá donde vayas,
como sigue el perro a su amo.
—Haré, esclavo, algo útil por mi país.
—Hazlo, mi señor, hazlo. Las obras que alguien hace
por su país se guardan para siempre
en la memoria de los dioses.
—No, esclavo, no haré nada útil por mi país.

—No lo hagas, señor. Súbete a los montones
de viejas ruinas y recórrelos;
mira las calaveras de los muertos:
¿cuál de ellos es un malhechor,
cuál un benefactor de su país?
—Después de todo, esclavo, ¿qué es lo bueno?
Tal vez romper tu cuello y, luego, suicidarme,
y arrojar tu cabeza y la mía a ese río.
—¿Quién es tan alto, mi señor, que alcance
el cielo? ¿Quién tan ancho para abrazar la tierra?
—No, esclavo, no me mataré.
Te mataré tan solo a ti, y te enviaré
como heraldo al País del que Nadie Regresa.
—Si me matas, señor,
¿vas a poder vivir sin mí a tu lado?

ANTE EL ESPEJO

Ofreces un aspecto deplorable
ante el espejo, con la piel barrosa
y surcada de arrugas, con los ojos
febriles y agotados. Cada vez
que un adulto se mira en el espejo
a partir de una cierta edad, la impía
y vil Naturaleza lo reclama
al mundo del olvido, donde reina
la noche. Eso te pasa a ti ahora mismo.

SOBRE UN ENDECASÍLABO DE JOSÉ ALCALÁ-ZAMORA

Este punto de luz breve que soy
brilla en la oscuridad de mi condena
como un foco que alumbra la gangrena
que pudre mi contacto con el hoy.

El último destello se lo doy
al origen y causa de mi pena:
la cruel y melancólica sirena
de la que vengo y hacia la que voy.

Quiero beber su hipnótico beleño
el poco tiempo que me queda, hundirme
en el abismo de su vanidad

y, cautivo en los pliegues de su ceño,
vivir en sus despojos, confundirme
con el tormento de su soledad.

Hero y Leandro
(2012, IV)

EL AIRE DE TUS VERSOS

A la memoria de Blas de Otero

El aire era la vida en tu soneto
de Leganés, y ahora ya no hay aire
donde vives, maestro. No hay manera
de respirar allí donde tú mueres.
El aire se ha largado con su soplo
a otra parte. Y no sirve para nada
alzar las manos contra el firmamento,
ni formular preguntas al vacío.
Pero los ruiseñores de tu canto,
ellos sí, vivirán eternamente.
Se lo dijo Calímaco a un poeta
que murió antes de tiempo, y eso vale
para ti, Blas de Otero. La poesía
que araña sombras para ver a Dios
termina viendo a Dios y respirando
el aire inmarchitable de tus versos.

INGRES

«La calma constituye la belleza del cuerpo,
de la misma manera que la sabiduría
es la expresión más alta del espíritu.»
Los desnudos de Ingres son tranquilos
y sabios. No reciben el mensaje
de nuestra angustia y de nuestra ignorancia.
Como el mamut en la montaña gélida,
como el insecto arcaico en la gota de ámbar,
como las momias de los faraones,
esos cuerpos gloriosos fueron embalsamados
para siempre, y su autor les concedió
una serena permanencia: esa
armonía feliz con que se exhiben
ante nuestro deseo insatisfecho.

VÍCTOR HUGO

Si hay un gigante agazapado
en los desfiladeros más heroicos
de mi memoria adolescente,
ese es, sin duda, Víctor Hugo.
Empecé a traducir *La Légende des siècles*
cuando tenía quince años
(no llegaría al centenar de versos).
En sus alejandrinos descubrí el mismo pulso
épico que en Homero o en la *Edda*
Mayor, y aprendí a amar el folletín
en sus enloquecidos novelones
—*L'Homme qui rit* sobre todos—,
y me perdí en la selva delirante
de su asombroso ensayo sobre Shakespeare.
En la obra de Hugo se respira
el perfume del mito,
que es el aroma de lo eterno.
Me regaló un asombro milenario,
exento de preguntas insidiosas,
que todavía hoy circula por mis venas.
Un verso inolvidable de su *Booz endormi*
hizo triunfantes mis mañanas tristes.

EDGAR ALLAN POE

Hace más de doscientos años que vino al mundo
y sigue igual de joven que cuando estaba vivo.
Dijo Cortázar de él que ignoraba el diálogo,
e incluso la presencia del otro, lo que implica
absoluta carencia de empatía social.
Pero en literatura nos tiene sin cuidado
lo que no sea texto, y poco importa
que su autor sea un santo o un demonio,
un politoxicómano o un ángel.
Sí importa, en cambio —por citar tres casos
de directos discípulos de Poe—,
que Melville inventara *Moby Dick*
a partir de la extraña criatura blanquísima
que clausura el relato de Arturo Gordon Pym,
o que las pesadillas de Lovecraft se forjaran
sobre las de Edgar, o que Baudelaire
tradujera al francés su prosa en cinco entregas
que lo harían famoso en toda Europa.
¡Larga vida al psicópata de Boston!
Los que van a morir te saludan, maestro,
y aplauden el malsano narcisismo
que te ha instalado en la inmortalidad.

MARTÍ Y MI BISABUELO

Mi bisabuelo Carlos Luis de Cuenca
fue compañero de José Martí
en las aulas de la Universidad
Central, cuando el autor de *Versos libres*
llegó a Madrid, en el 71.
Pasó un cuarto de siglo
y, a raíz de la muerte del cubano,
el español le dedicó un soneto
subrayando su doble condición
de escritor y de padre de la patria
y recordando —él bien lo conocía—
el amor que Martí sentía a la vez
por Cuba y por España (aunque unas balas
españolas segaran su existencia).
Los antiguos estoicos predicaron
la doctrina del cosmopolitismo,
y amar a España y Cuba al mismo tiempo
era una forma entonces,
a finales del siglo XIX,
de ser cosmopolita.
En cambio ahora, en la España
desvertebrada y rota
de la segunda década del siglo XXI,
la gente es solo de su aldea,
si es que es de alguna parte.

RECUERDO DE LEE MILLER

De todas las mujeres de Man Ray
(¡y mira que las hubo!)
me quedo con Lee Miller.
Hay una foto de ella, titulada *Dibujos*
de sombras sobre el torso de Lee, que me fascina.
Pero Lee no era solo modelo. Fue también
una genial fotógrafa. Como corresponsal
de guerra, en el declive del nazismo,
se hizo un sensacional autorretrato,
desnuda, en la bañera que Adolf Hitler
tenía en Prinzregentenstraße, en Múnich.
Veo en ella a la Bella frotándose la espalda,
indiferente a todo lo que no sea higiene,
en la guarida de la Bestia.

HOMENAJE A SIR HENRY RIDER HAGGARD

Los mortales estamos hechos de veinte piezas:
diecinueve salvajes y una civilizada.
Debemos atender a esas piezas salvajes
si queremos saber de verdad quiénes somos.
La civilización es solo vanidad:
como la luz del Norte,
se limita tan solo a ensombrecer la tierra
y a dejarnos el cielo más oscuro.

CLARIDAD

Los poetas más oscuros —Licofrón,
Góngora, Mallarmé— son transparentes
en el fondo, aunque cueste mucho más entenderlos
del todo que a Catulo, a Petrarca, a Verlaine.
Si amas la poesía, amas la claridad.
El objeto de la literatura
no es inventar enigmas para iniciados cursis.
Su meta es reflejar los anhelos, angustias
y emociones reales de la especie
en un espejo imaginario.
Y hacerlo de la forma más nítida posible.

HERO Y LEANDRO

I

De modo que Leandro se enamora
de Hero, sacerdotisa de Afrodita,
que ha sido destinada por sus padres
a la virginidad (¡si ellos supieran!).
Y para transgredir esa norma y dar cauce
a sus calenturientas fantasías,
no tiene más remedio que atravesar a nado,
de noche, el Helesponto, alumbrándole ella
con una antorcha desde la torre en la que vive.
Ese es Leandro: un chico de excelente familia
que no hace lo que debe. Conozco infinidad
de jovencitas griegas que hubiesen cancelado
sus vacaciones en Egipto por
una sola mirada de sus ojazos glaucos.
Pero él, erre que erre, loco por esa monja
desgarbada que vive en una torre
(como la Delgadina del romance),
porque él no es un burgués como sus compañeros
de colegio, sino uno de esos *poètes maudits*
que aspiran a morir jóvenes, para hacerse
un hueco en la *Britannica* y en *Google*.

Hay que decir que Hero recibió
los primeros poemas incendiarios
de Leandro con sana indiferencia
y con no poca sorna, pues no había
una sílaba larga ni una breve en su sitio.
Pero el galán, consciente de que el verso
no bastaba, acudió a la prosa del talle
—era bastante guapo— y consiguió llevársela
a la cama una noche que Hero pasó en Abidos
(donde vivía Leandro) con motivo de una
procesión en honor (cómo no) de Afrodita.

II

El amor y la muerte. Ahí los tenéis, bailando
muy juntos y agarrados, muy patéticos,
frotándose y lamiéndose con fruición, como si
estuviesen posando para hacer las delicias
de un vecino rijoso. Él, Leandro, la abraza
con furia, desgreñado de algas y salitre,
empapado de mar y de deseo.
Ella, Hero, la novicia desgarbada de ayer,
está maravillosa: es una de esas chicas
que cuando pierden la virginidad
pierden la timidez y la vergüenza,
y da gusto mirar su mirada insaciable,
sus curvas y esa piel tan pálida y tan sexy:
parece una odalisca de Ingres o de Fortuny,
o una novia de Drácula.
Era su última noche
antes de la tormenta. Por poco se mataron

a besos y mordiscos antes de tiempo. Se
despidieron aún húmedos, sabiendo
que la próxima noche ya no estarían juntos,
que la inmortalidad de su amor se pagaba
con la muerte de ambos,
con su mutuo y supremo sacrificio.

Amor indestructible
(2012, V)

EL FALSIFICADOR DE MONEDA

Tendrías que decirle: «Tu caballero andante
se jubiló, San Jorge se fue de vacaciones
por tiempo indefinido, lo mejor ha pasado
y lo peor está por llegar.»
Pero sabes que no vas a decírselo
y que, en lugar de darle un par de bofetadas,
para que se le caiga el velo de los ojos
de una maldita vez, pondrás tu mano
sobre su hombro o le pellizcarás,
fraternal, la mejilla,
llenando así la bolsa de su desvalimiento
con tus falsas monedas.

CUESTA CREERLO

Cuesta creer que el incendio inextinguible
de tu melena al viento morirá,
como mueren las rosas, y que entonces
emergerá la hermosa calavera
que siempre hubo debajo, maquillada
con tendones y músculos y piel,
y que mi cráneo no estará a tu lado.

FEBRERO DE 1997

Quince años después, la melodía
universal aquella de los contestadores
automáticos que ardían al unísono,
y los gritos de gozo de aquel mundo
en que el viento tronchaba las pelucas
con que la sensatez disimulaba
su calvicie moral, siguen sonando
en mi memoria como la canción de mi vida,
esa que aún tarareo y nunca olvidaré.

EVA PRESENTE

Llegaste desde el mar —como Afrodita—,
de la luna soñada por Cyrano
o de un pasaje opiáceo de Gautier,
quién sabe desde dónde.
Y me dijiste
que no eras de este mundo,
que odiabas la traición y la mentira
y que, en cualquier momento,
podías desaparecer.
Y entonces Dios,
que había imaginado el paraíso
bajo la especie de tu cuerpo,
te confió a mis brazos para siempre.

AMOR Y PSIQUE

No se te ocurre imaginar
cómo puedes haber llegado
a tan absurda situación.
Te despiertas por la mañana
y descubres que ya no están
los muebles de tu dormitorio,
que no hay luz por ninguna parte,
que no hay libros en las paredes,
que hasta la huella de ese cuerpo
maravilloso que dormía
en tu cama, anoche, contigo
se ha desvanecido en el aire.

LA MUJER DE MIS SUEÑOS

Afrodita sin velos, Diana cazadora,
sultana de Bagdad y castellana
de época carolingia: una mezcla
explosiva que, para Chateaubriand,
entre los dieciséis y los dieciocho años,
cuando aún vivía en el castillo de Combourg,
suponía la imagen ideal de mujer.
Cuánta sensualidad adolescente
revela esa elección.
A mí me basta ahora,
a los sesenta y uno,
con la cuarta del lote: la dama carolingia.
Una marquesa viuda, por ejemplo,
con castillo en el *limes* oriental,
rodeada de fieros magiares y sajones,
amiga de los perros y de las cacerías,
devota de bufones y juglares
y bien relacionada —eso sí— con la corte
de Aquisgrán. No me importa
que ronde los cuarenta,
que haya perdido dientes y dureza de carnes,
que ya no sea fértil.
Pero debe tener unos cabellos rubios
tachonados de plata, y unos ojos
grises como la niebla, y unas manos

fuertes y delicadas a la vez,
hechas para el telar, la caricia o la guerra.
Y saber de memoria
el *carmen* que Angilberto dedica a Carlomagno.

SONETO AMOROSO CON ESTRAMBOTE, ENMENDANDO LA PLANA A CECCO ANGIOLIERI

Si fuese fuego, te calentaría
(y hasta te encendería el cigarrillo).
Si fuese viento te daría brillo
besándote, y tu pelo rizaría.
Si fuese mar, mis olas te daría
para que protegieran tu castillo.
Si fuese Dios, me haría en ti un ovillo
y a tu imagen el mundo crearía.
Si fuese papa, te convertiría
en papisa. Si fuese emperador,
reina del orbe te proclamaría.
Si fuese muerte, todo tu dolor
y toda tu tristeza mataría
y no me acercaría a ti, mi amor.
Si fuese Luis Alberto, que lo soy,
serías para mí la noche, el día,
el mañana, el ayer, el siempre, el hoy.

SU LLANTO

No había visto nunca una sonrisa
tan rara como aquella. Le temblaba
el mundo en la sonrisa. Y el temblor
se volvió llanto de repente, un llanto
desesperado, lacerante, cruel,
negro como una cárcel sin ventanas.
arrollador, irreprimible. Un llanto
que yo nunca podría comprender,
que yo nunca sabría consolar.

SU MARIDO

Dormía boca abajo, en posición
fetal, y se diría que soñaba,
porque se estremecía como si
un íncubo terrible la habitase
contra su voluntad. Se dio la vuelta,
abrió los ojos, y la pesadilla
se hizo real en su mirada turbia,
pues el monstruo seguía allí, desnudo,
junto a ella, al otro lado de la cama.

SU CUERPO

Permaneció de pie junto a la puerta,
vestida solo con una toalla
ceñida al cuerpo. Me miraba como
si quisiera que yo la devorase,
y eso acabó con mi resaca: el día
no podía empezar mejor. Me dijo:
«Me gustas mucho.» «¿Hasta qué punto?», dije.
«Hasta este punto», dijo, y la toalla
cayó al suelo. Y la charla terminó.

LO SAGRADO

El maquillaje es sospechoso siempre.
Tú, recién levantada de la cama,
sin nada que no sea tu glorioso
cuerpo gastado por las decepciones
y por los desengaños, pero erguido
como un árbol al viento de la vida
que se lo lleva todo por delante:
esa es mi religión, esa es la única
visión de lo sagrado que conozco.

SU VENENO

Cuando besó mi piel, junto al vendaje
de la cadera, una descarga eléctrica
me sacudió por dentro. Me sentí
como debió sentirse el viejo olmo
herido por el rayo de Machado.
Sus piernas se enroscaron en las mías
y mordieron el polvo sus sandalias.
No había tiempo para respirar
otro aire que no fuese su veneno.

SED DE MAL

Miré los cardenales, los rasguños,
las huellas de los golpes en su rostro.
La vi dormir, drogada, en un rincón
de aquel cuarto con vistas al infierno.
Y a pesar del horror que me inspiraba
aquella escena, de que estaba atado
y no podía hacer nada por ella,
no pude reprimir en mis sentidos
un estremecimiento de deseo.

MIENTRAS LLEGA

Quédate tú el amor. Todo el amor.
Con su hoguera apagada por la lluvia
del tiempo. Con su ruido imperceptible
para el resto del mundo. Con su magia
blanca o negra (según). Con aquel roto
amor, desvencijado amor sin muelles,
como un viejo sofá. Siéntate en él
a esperar a la muerte. Mientras llega,
déjate devorar por los recuerdos.

AMOR INDESTRUCTIBLE

No es tan débil tu amor como parece.
Se resquebraja a veces, se cuartea,
pero nunca se rompe. Es un amor
virtual, una apariencia, un espejismo,
un embeleco, una ilusión, el sueño
de una sombra, un delirio, una quimera.
Pero resiste la presión del odio,
y perdona, y olvida, como olvida
y perdona a la noche la mañana.

ÍNDICE

Nota del autor 7
Dedicatoria 9

Caverna perpetua

El vestido nuevo 13
Sin condiciones 14
Ensueño céltico 15
Plegaria de la buena muerte 17
Plegaria de la Diosa 19
Tengo miedo 20
La ciega y el lector 21
Vuelve Guillermo de Aquitania 22
Caverna perpetua 23

Campo florido

Él y yo 27
Juncos heroicos 28
Cinco haikus 29
Campo Florido 30
Canción de Opósitos 31
La última perífrasis 32
Moisés 33

Acotación al desenlace del *opus primum*
de Agatha Christie 34
Están clavadas dos cruces 35
Ansiedad, angustia, desesperación 36
Memoria de tus ojos al despertar 37
Vampirismo 38

¡AH DE LA VIDA!

Mis viajes por el tiempo 41
Días de vino y fuego 43
Matilde Urbach 45
Inspirado en Faulkner 46
Confesión general 47
Sueño del reloj de bolsillo 48
Sueño del alba milagrosa 49
¡Ah de la vida! 51
Segunda Guerra Mundial 52
La infancia como antorcha en el subterráneo 53
Las paradojas de Satán 54
Runas 55
Tewp y Gärensen 56
Poema para Sonia 57

ME ACUERDO DE…

Luna llena 61
Cucharada 62
Apología de los clásicos 63

Dulce Carmilla 64
Soneto del olifante 66
Un dinosaurio en mi alcoba 67
Me acuerdo de... 69
San Luis Gonzaga 71

Príncipes de la noche

Amós 5:21-24 75
Corrigiendo a Safo 76
Príncipes de la noche 77
Sueño de la chica ornitófila 79
Panteísmo 81
Consolatio ad se ipsvm 82
Melancolía 84

La otra noche, después de la movida

La otra noche, después de la Movida 87
La brisa de la calle 90
Abril 92
Yo no quiero ser rey 93
Basura genética 94
Caperucita Feroz 95
Le jour sort de la nuit comme d'une victoire 96
Vejez 97
Diálogo entre el señor y el esclavo 98
Ante el espejo 100
Sobre un endecasílabo de José Alcalá-Zamora 101

Hero y Leandro

El aire de tus versos 105
Ingres..... 106
Víctor Hugo 107
Edgar Allan Poe..... 108
Martí y mi bisabuelo 109
Recuerdo de Lee Miller 110
Homenaje a Sir Henry Rider Haggard..... 111
Claridad 112
Hero y Leandro 113

Amor indestructible

El falsificador de moneda 119
Cuesta creerlo..... 120
Febrero de 1997 121
Eva presente..... 122
Amor y Psique..... 123
La mujer de mis sueños 124
Soneto amoroso con estrambote,
enmendando la plana a Cecco Angiolieri..... 126
Su llanto..... 127
Su marido..... 128
Su cuerpo 129
Lo sagrado..... 130
Su veneno..... 131
Sed de mal..... 132
Mientras llega..... 133
Amor indestructible..... 134